

Notas sobre dominación y temporalidad en el contexto postmoderno a propósito de la distopía

Francisco Martorell Campos

Resumen: Este artículo se inscribe en el cruce de la crítica de la cultura, la filosofía política y el pensamiento utópico, y se propone tres objetivos muy concretos: 1º) Mostrar cómo el ejercicio de la dominación implica el control de la temporalidad. 2º) Dar a conocer el diagnóstico efectuado al respecto por la distopía (o utopía negativa, o utopía satírica), subgénero de la ciencia ficción especializado en esbozar representaciones de sistemas políticos explícita o implícitamente totalitarios sitos en el futuro. 3º) Valorar los aciertos y errores de dicho diagnóstico contrastándolo con las transformaciones recientes de la temporalidad ligadas a las formas postmodernas de dominación.

Palabras clave: Dominación, temporalidad, distopía, futuro, presente, pasado.

Abstract: The topic of this paper pertains to the intersection of culturecriticism, political philosophy and utopian thought, and has three main aims: 1) to show how domination involves control of temporality, 2) to introduce the dystopian – also negative utopian or satirical utopian – diagnosis of this connection, as it is found in the science-fiction subgenre, where future political systems, implicitly or explicitly totalitarian, are portrayed, and 3) to evaluate the insights and shortcomings of this diagnosis by means of a comparison with recent transformations of temporality in postmodern versions of domination.

Key words: domination, temporality, dystopia, future, present, past.

LA DISTOPÍA

Dominar a los hombres pasa, entre otros menesteres, por dominar el tiempo, sea cual sea la noción que se tenga de éste. Durante el Medievo, por ejemplo, la Iglesia libró una batalla sin cuartel contra los profetas díscolos (individuos que profetizaban por cuenta propia, al margen de las Sagradas Escrituras) con el objeto de monopolizar las visiones escatológicas del futuro y controlar de esta guisa (apropiándose de la lectura y significado de lo que acecerá) el presente¹. La treta, reiterada a la postre de diferentes maneras, no cayó en saco roto para Orwell. Como es de dominio público, el lema del *Ingsoc*, organización al mando del terrible *panestatalismo* de 1984 (1948), reza: «El que controla el pasado [...] controla también el futuro. El que controla el presente, controla el pasado»². Gracias a su exitosa novela futurista, Orwell pudo transmitir a las grandes audiencias una hipótesis de calado, a saber;

¹ P. Francescutti (2003). *Historia del futuro*, Madrid: Alianza, págs 39-43.

² G. Orwell (1984). *1984*, Barcelona: Círculo de Lectores, pág 37.

que el ejercicio de la dominación pasa por el control categorico del tiempo, habida cuenta de que garantizaría la perpetuación eterna de la hegemonía que lo ejerciera. De ahí, vale la pena añadir, que todos los regímenes de poder aspiren a consumarlo, propiciando transformaciones radicales en la temporalidad misma.

La alusión a Orwell no es decorativa ni fortuita. En este trabajo quiero reflexionar acerca de los usos temporales de la dominación en la postmodernidad adoptando como hilo conductor la inspección, aquí necesariamente simplificada, que la literatura distópica (quizás el único género literario ofrecido en exclusividad al examen del poder político) ha forjado sobre esta temática. Antes de entrar en materia, distinguiré entre dos tradiciones no excluyentes (de hecho pueden combinarse) de la distopía cuya identificación nos permitirá citar varios datos para el neófito y complejizar, más adelante, el análisis. La primera, temerosa de los totalitarismos, adversa a la igualación/uniformización operada por el Estado Total, es la *distopía estatista*, mayoritaria hasta finales de los setenta del siglo XX. Se trata de la modalidad canónica del género, amén de la más célebre y reconocida gracias a tres clásicos de envergadura; *Nosotros* (1924), *Un mundo feliz* (1932) y *1984*, fuentes de innumerables imitaciones. La segunda, temerosa del americanismo y del capitalismo, adversa a la desigualdad económica/social/jurídica operada por el gobierno (también intervencionista/autoritario) de las empresas, es la *distopía del libre mercado*, fortalecida a partir del período indicado y cimentada sobre obras pioneras como *Mercaderes del espacio* (1953) y *King Kong Blues* (1975). Sendos cánones han compuesto (sin olvidar sus respectivas manifestaciones cinematográficas) un diagnóstico agorero del progreso en toda regla, equiparable en múltiples puntos al diseñado por la heterogénea intelectualidad congregada desde la segunda mitad del siglo XIX en torno al desenmascaramiento de las patologías occidentales. Booker resuelve en dicho sentido: «*Dystopian fiction is more like the projects of social and cultural critics: Nietzsche, Freud, Bakhtin, Adorno, Foucault, Althusser and many others. Indeed, the turn toward dystopian modes in modern literature parallels the rather dark turn taken by a great deal of modern cultural criticism*»³.

Es así que en casi toda novela o película distópica tropezamos con los protocolos usuales de la crítica a la racionalidad instrumental, o con trasuntos de los llamamientos fenomenológicos/existenciales a primar el mundo de la vida, o con ecos del ruralismo romántico-vitalista orquestado en honor de la *kultur*. Lo que muestran las sociedades futuras imaginadas por la distopía (panorámicas del peor de los mundos posibles) es que justo porque la racionalización del mundo se ha consumado de modo perfecto la razón se vuelve contra sus fines emancipatorios y pasa a canalizarse a través de la pura voluntad de poder. Andreu Domingo sostiene, siguiendo exégesis pareja, que la distopía «ejecuta el retrato de los monstruos

³ K. M. Booker (1994), *The Dystopian Impulse in Modern Literature: Fiction as Social Criticism*, Connecticut, Greenwood Press, pág 14. La ventaja de la distopía frente al pensamiento más o menos allegado (y la ventaja de la literatura utópica de Bellamy, Wells o Morris frente al pensamiento utópico de Rousseau, Owen o Marx) a la hora de propagar el mensaje es clara. Una historia es más accesible, viva y empática que un razonamiento abstracto. Krishan Kumar dice en relación a esto que «ninguna teoría surgida de los totalitarismos, ni ninguna escrupulosa advertencia sobre la arrogancia científica o el terror tecnológico, han calado tan profundamente en el imaginario colectivo del siglo XX como lo hicieron *1984* de Orwell o *Un mundo feliz* de Huxley». K. Kumar (2007), *Pensar utópicamente: política y literatura*, *Revista Internacional de Filosofía Política*, 29, pág 73.

engendrados por la razón»⁴. Retrato donde contemplamos (bajo la rúbrica de «si no cambiamos las cosas este será el infierno sobre la tierra que aguarda a nuestros descendientes») un porvenir deshumanizado, desnaturalizado y opresor que reproduce al detalle los tópicos recurrentes de las utopías preponderantes. Ello se explica en la medida en que «la diferencia entre la utopía y la distopía es sólo axiológica, pero no material; lo que cambian son los juicios de apreciación del sujeto del discurso no los contenidos del texto»⁵. En otras palabras; la distopía es el irónico *doppelgänger* de la utopía, o si se quiere, una utopía contada por un absoluto disidente de ésta. Ahora bien, además de reprochar a la utopía que un mundo configurado meticulosamente de acuerdo a sus *topoi* sería invivible, la distopía practica (me atrevería a decir que esencialmente) una segunda función, el descrédito del presente. Si cada utopía devalúa el presente desde el que se escribe comparándolo con las excelencias de una sociedad ideal que la niega, la distopía hace lo propio diseñando una sociedad letal a partir de él. La advertencia que emite esta polémica corriente de la ciencia ficción no puede ser más diáfana. El infierno sobre la tierra descansará sobre tendencias indeseables de la actualidad llevadas hasta sus últimas consecuencias⁶.

DOMINACIÓN Y TEMPORALIDAD EN LA DISTOPÍA

¿Cómo aborda la distopía el vínculo entre dominación y temporalidad? En una de las entradas de su diario secreto, Winston Smith declara: «La Historia se ha parado en seco. No existe más que un interminable presente»⁷. El antihéroe de *1984* se hace cargo de algo trascendental. Capta con lucidez que la dominación del tiempo persigue, por encima de cualesquiera otras consideraciones, la clausura del transcurrir histórico. Nada extraño. A fin de cuentas, la ambición del Gran Hermano (que es, no lo pasemos por alto, la ambición suprema de toda utopía tradicional) estriba en detener la sucesión de acontecimientos (la Dinámica) para que las cosas marchen siempre de la misma forma y nada cambie jamás. La legitimación de la empresa (forjar la Estática Total) es bien conocida. Dado que hemos conquistado la perfección, aseverarían los burócratas del Ingsoc, cualquier cambio implicaría una mengua de la misma, un retroceso. Por eso, continuarían argumentando, debe primar sin excepciones la inmovilidad, y por eso, concluirían, reducimos el significado del progreso al desarrollo de técnicas más eficaces (algún día definitivas) para neutralizar la aparición de alteraciones o novedades. Ni que decir tiene que el auténtico móvil es otro. Todos los *Big Brothers* de la distopía (y buena parte, insisto en la comparativa, de los gobiernos de la utopía) temen en primerísima instancia a la historia porque su energía disolvente amenaza su propia auto-conservación. De ahí que se parapeten tras la eterna repetición de lo Mismo, mecanismo de defensa superlativo levantado contra el devenir⁸. Con este programa anti-histórico capitane-

⁴ A. Domingo (2008). *Descenso literario a los infiernos demográficos. Distopía y población*. Barcelona: Anagrama, pág 15.

⁵ L. Ladeveze (1985), De la utopía clásica a la distopía actual, *Revista de Estudios Políticos*, 44, pág 47.

⁶ Véase; E. Keller (1991), Distopía: Otro final de la utopía, *Reis*, 55, pág 15.

⁷ G. Orwell, *1984*, pág 141.

⁸ El gesto nos retrotrae al miedo a la historia analizado, a cuenta de la utopía justamente, por Mircea Eliade

ando la ingeniería social, no es casual que los niños de *La Gran Necrópolis* (novela que idea un futuro del terror nacido de la mixtura de estatalismo y capitalismo) reciten obligatoriamente en los colegios: «Nada cambia, nada cambia, esta es nuestra canción, nada cambia, nada cambia, viva la Administración»⁹.

El “interminable presente” registrado por Orwell corre paralelo a la instauración del Horario Único en muchas distopías estatistas. Mandar con las horas no es un acto baladí. Antes bien, personifica (junto al control del espacio, de la natalidad y del lenguaje) uno de los dispositivos señeros del disciplinamiento moderno. Repárese, por ejemplo, en la importancia concedida a la sincronización cronométrica de las tareas por autores como Mumford o Foucault. O en la importancia que ésta adquirió en el *corpus* de las obras utópicas. Valga de muestra el siguiente extracto de *Viaje a Icaría* (1840), utopía comunista de Étienne Cabet:

«¿Habéis reparado en el movimiento regular de nuestra población? A las cinco todo el mundo se levanta; a cosa de las seis... todas las calles están llenas de hombres que se dirigen a sus talleres; a las nueve salen las mujeres por una parte y los niños por otra; de nueve a una la población está en los talleres o en las escuelas. A la una y media toda la masa de trabajadores abandona los talleres para reunirse con sus familias y con sus vecinos en las fondas populares; de dos a tres todo el mundo come; de tres a nueve toda la población ocupa los jardines, las azoteas, los teatros y todos los demás parajes públicos; a las diez todos se acuestan, y durante la noche desde las diez hasta las cinco de la mañana están las calles desiertas».¹⁰

Décadas después, la estampa emigró de la utopía rumbo a la distopía. Zamyatín recitó en *Nosotros* una secuencia análoga a la de Cabet, pero ondeando valoración inversa:

«Cada mañana, con una precisión de seis ruedas, a la mismísima hora y en el mismísimo minuto, millones de nosotros nos levantamos a la vez. A la mismísima hora, millones de nosotros, como si fuéramos uno solo, empezamos a trabajar, y como si fuéramos uno solo terminamos nuestro trabajo. Fundidos en un sólo cuerpo con millones de manos, nos llevamos la cuchara a la boca en un mismísimo segundo designado por el Horario; y en un mismísimo segundo salimos a pasear, vamos al auditorio, a las salas de ejercicios Taylor, y luego a dormir».¹¹

¿Qué tenemos en sendos casos? A un inmenso monasterio devenido en urbe mecanicista, a millares de cuerpos y actos armónicamente automatizados, territorializados y estandarizados en torno al pulso inalterable y centralizado del reloj estatal (recuérdese cómo filma *Metrópolis* a la manada de obreros desfilando al son

(1997). *El mito del eterno retorno*. Barcelona: Altaya.

⁹ J. I. Ferreras (2006). *La Gran Necrópolis*. Madrid: La Biblioteca del Laberinto, pág. 32.

¹⁰ É. Cabet (1985). *Viaje por Icaría* (vol. I). Barcelona: Orbis, pág. 124.

¹¹ Y. Zamyatín (1993). *Nosotros*. Madrid: Alianza, pág. 25.

del reloj que gobierna la fábrica). Cautivo en la *cronópolis*, el tiempo se petrifica y reduce a su mínima expresión. Cada día mimetiza milimétricamente el día anterior. Únicamente hay un día, repetido hasta el infinito. Harlan Ellison conjeturó en un famoso relato de 1966 el castigo lógico que recibirían quienes, no importa la razón, desobedecieran el compás vital del Horario: «Si uno se retrasaba diez minutos, perdía diez minutos de vida. Una hora de retraso merecía idéntico lapso de revocación. Si alguien persistía en su impuntualidad, podía encontrarse con que, un domingo a la noche, llegaba una notificación del Maestro Custodio del Tiempo en la que se le informaba de que su tiempo había concluido, que sería desactivado el lunes a las doce del mediodía, y que tuviera a bien dejar en orden sus asuntos»¹².

Según podemos comprobar, la distopía defiende que la manipulación temporal gestada por la dominación desemboca en el *presentismo*, orden donde el presente se repite interminablemente, hasta volverse imperial y paralizar la historia. ¿Qué ocurre conforme al diagnóstico distópico con el futuro y el pasado? La respuesta relativa al pasado es obvia si nos atenemos a los datos que he manejado. En efecto, el pasado tiene los días contados en la distopía estándar, si es que no ha fenecido ya absorbido por el presente. Concreto, empero, un poco más. Las distopías reseñan tres afrontas de la dominación contra el ayer en tanto que contenedor henchido de valores y modelos de vida contradictorios con lo dado:

i) La manipulación consciente de los hechos conforme al dictamen que enca-beza el mundo venidero perfilado por *Ypsilon Minus* (1976): «El Estado perfecto necesita también una historia perfecta»¹³. Winston elucida la doctrina subya-cente al secuestro gubernamental de la remembranza: «El pasado es únicamente lo que digan los testimonios escritos y la memoria humana. Pero como quiera que el Partido controla por completo todos los documentos y también la mente de todos sus miembros, resulta que el pasado será lo que el Partido quiere que sea»¹⁴.

ii) Manipular el pasado y adecuarlo a la versión oficial es una artimaña de la dominación que puede desembocar en otra más específica; reducirlo (doctrina del progreso mediante) a emblema de la barbarie, estimular por comparativa (ayer inclemencia, hoy ventura) la alabanza de la actualidad. A ojos del súbdito que puebla la distopía de turno, su presente encarna el Paraíso a la tierra. Contemplado desde este supuesto, “lo ya sido” no le merece más que desdén. D-503, narrador de *Nosotros*, se lamenta de «aquellas épocas en que los seres humanos vivían en estado de libertad, o sea, en un estado de desorganización y salvajismo»¹⁵. Marcus Vernon, personaje de *Los demonios de Sandorra* (1970), confiesa que «cada vez que pensaba en aquel pasado distante, no podía menos que sentir piedad y compasión por los descastados y miserables de aquellos si-

¹² H. Ellison (1994), “Arrepiéntete, Arlequín, dijo el señor TicTac”, en *Lo mejor de los premios Nébulas*, Barcelona: Ediciones B, pág 110.

¹³ H. Franke (1978), *Ypsilon Minus*, Barcelona: Bruguera, pág 17.

¹⁴ G. Orwell, 1984, pág 190.

¹⁵ Y. Zamyatín, *Nosotros*, pág 26.

glos bárbaros»¹⁶. Hierro-X, uno de los *cyborgs* caciques de *Moderan* (1971), proclama que «debemos sentir una gran pena por nuestros antiguos antepasados. Su miserable fortuna fue nacer hace mucho tiempo»¹⁷.

iii) La casta soberana de *Un mundo feliz* no adultera la historia, simplemente la destruye, e invita a los sicarios a solidarizarse «con la campaña contra el pasado; con el cierre de los museos, la voladura de los monumentos históricos [...] Con la supresión de todos los libros publicados antes del año 150 d. F»¹⁸. Homónimo programa –propagar la dolencia del olvido– adopta el «poder dextrocristiano» (cóctel de capitalismo desbocado, intervencionismo estatista y fundamentalismo religioso) desmenuzado en *Futuros sin futuro* (1976). En la entrada del 5 de abril, el protagonista escribe: «Resulta incluso curioso pensar que, desde hace más de veinte años, vivimos no tan solo en un círculo cerrado [...], replegados en un eterno presente, sino que el gobierno ha cortado todo contacto con el pasado y ha destruido toda prueba de que este pasado haya existido»¹⁹. La temática distópica de la aniquilación del pasado tiene en *Fahrenheit 451* (1954) su materialización más poética. Bradbury improvisa una sociedad futura rendida a la industria audiovisual donde leer está prohibido y castigado. Los libros confiscados a los escasos sediciosos que se saltan el imperativo arden, por mor de la felicidad, en las hogueras preparadas por los bomberos. Al inicio de la novela, el narrador enuncia el placer que le proporciona a Montag (héroe del relato, acabará uniéndose a la resistencia sita en los bosques tras el típico efecto emancipador que la distopía concede al enamoramiento) aniquilar la memoria colectiva: «Con la punta de bronce del soplete en sus puños, con aquella gigantesca serpiente escupiendo su petróleo venenoso sobre el mundo, la sangre le latía en la cabeza y sus manos eran las de un fantástico director tocando todas las sinfonías del fuego y de las llamas para destruir los guñapos y ruinas de la Historia»²⁰.

No mejor suerte le espera al futuro. *Lo que será el mundo en el año 3000* (1846), primera distopía estricta jamás publicada, brinda un párrafo crucial para confirmarlo. Su autor, Emile Souvestre, describió, no exento de moralina pastoril y anti-industrialista, los tejemanajes de la “República de los Intereses Unidos”, aciaga civilización venidera subyugada al capitalismo más atroz. De hecho, nada circula allende la mercantilización. Todo se compra o se vende, hasta los saludos, el aire, los países o el cuerpo. Las empresas, propietarias de todo, crean y crían artificialmente a los niños, condicionándolos apenas nacer a aceptar sin recriminación alguna el destino anexo a la clase social que, de entre las nueve instituidas, les ha tocado en suerte. Doña Fácil, miembro de la clase más pudiente, proclama: «¿Qué

¹⁶ P. Tabori (1978). *Los demonios de Sandorra*, Barcelona: Dronte, pág 23.

¹⁷ D. Bunch (1982). *Moderan*, Barcelona: Edhasa, pág 190-191.

¹⁸ A. Huxley (2001). *Un mundo feliz*, Barcelona: Plaza & Janés, pág 65. El Gran Ford no se anda con rodeos: «La historia es una patraña». *Ibid*, pág 49.

¹⁹ J. Sternberg (1977). *Futuros sin futuro*, Barcelona: Dronte, pág 79.

²⁰ R. Bradbury (1982). *Fahrenheit 451*, Barcelona: Plaza & Janés, pág 13.

nos importa el porvenir cuando tenemos el presente? ¿Qué nos interesan los hombres que vengan después? ¿Tenemos otro interés que el de lo que podemos ver y sentir? El porvenir es lo desconocido, y lo desconocido es el vacío»²¹. Estas palabras descubren que el destino del futuro bajo la preponderancia presentista no es otro que su estigmatización. A fin de cuentas, personifica lo más odiado por el poder distópico, o sea, la posibilidad de que lo nuevo y lo diferente (lo ahora desconocido) hagan acto de presencia por los canales de la imprevisibilidad e indeterminación, la potencialidad y apertura, la contingencia y finitud. Dominar a los hombres a golpe de tiempo implica, por ende, encerrarlos en el puro hoy y desconectarlos del mañana.

Parafraseemos, cual resumen, el veredicto de la distopía acerca de los vínculos existentes entre la dominación de los hombres y la dominación del tiempo: Cuando el poder consiga implantar la Estática Total, la historia cesará. Entonces, la humanidad devendrá en rebaño, y vagará de espaldas al pasado y al futuro, inmersa en la apática repetición del puro presente.

DOMINACIÓN Y TEMPORALIDAD EN LA POSTMODERNIDAD

Paso a evaluar el veredicto distópico de la temporalidad comparándolo con el aspecto que ésta despliega en nuestros días. Redundemos de nuevo la crónica de Orwell; “La Historia se ha parado en seco. No existe más que un interminable presente”. Pues bien, como es de dominio público numerosísimos pensadores se han hecho cargo del *pathos* presentista de la postmodernidad y del cacareado final de la historia que lo funda, y atribuyen el incidente a variables como la caída del socialismo real (Fukuyama), el auge del narcisismo (Lash), la bancarrota de la metafísica (Vattimo), el descrédito de los metarrelatos (Lyotard) y la llegada de las nuevas tecnologías (Baudrillard). Adjunto a tamaño escenario, la deriva del futuro, otro de los rasgos distintivos de la dominación explicitados por la distopía. Vicente Verdú deletrea la coyuntura: «Pocas veces el futuro ha parecido un territorio tan desacreditado; el presente es el único elemento que funciona»²². Jean Baudrillard expresa opinión pareja: «estamos experimentando el tiempo y la historia como una especie de coma profundo... Ya no tenemos ningún futuro ante nosotros, sino una dimensión anoréxica ([...] la imposibilidad de ver más allá del presente)»²³. ¿Qué razones, junto a las recién mentadas, nos han conducido a ello? Fredric Jameson vincula el incidente a la venida del *capitalismo tardío o multinacional*, modelo productivo huérfano de exteriores cuya inaudita potestad ahoga la composición de alteridades que pudieran hacerle frente o servir de contraste. Obra y gracia de la ubicuidad tardocapitalista, el establecimiento de una era en la que (como sucede en la mayor parte de las utopías y distopías) nada nuevo de verdad (nada nuevo en el marco sociopolítico o económico) sucede bajo el sol. Sincronizado a la *deshistorización* global, arrecia el credo afín, según el cual no hay alternativa viable ni deseable al orden

²¹ E. Souvestre (1876). *Lo que será el mundo en el año 3000*, Madrid: Folletín de el Cronista, pág 230.

²² V. Verdú (2006). *El estilo del mundo*, Barcelona: Anagrama, págs 261-262.

²³ J. Baudrillard (2002). *La ilusión vital*, Madrid: Siglo XXI, pág 32.

vigente, ni ningún porvenir distinto que esperar. Es a la luz de semejante primacía donde prospera, dice Jameson, la difusión colectiva del presentismo y del *anti-futurismo*, remedos de la experiencia fragmentaria del esquizofrénico, individuo «condenado a vivir en un presente perpetuo con el que los diversos momentos de su pasado tienen escasa conexión y para el que no hay ningún futuro concebible en el horizonte»²⁴.

«La Historia se ha parado en seco. No existe más que un interminable presente». Y eso ha ocurrido, pero en lugares insospechados por los orwellianos, en las sociedades abiertas, hiperindividualistas y pluralistas del Atlántico Norte. Y de modo sorprendente. Por estos lares, el “interminable presente” cohabita con la proliferación ilimitada de novedades, *ergo* con aquello que la mayoría de gobiernos de la distopía estatal procuraban atajar en aras de la Estática Total. Eso sí, se trata (las primeras distopías del libre mercado ya lo alertaron) de novedades circunscritas a la esfera del mercado (cachivaches, servicios, modas...), condenadas, por mor del consumo ininterrumpido, a la obsolescencia inmediata. Apenas nacer, la novedad X es reemplazada por otra que la muta en antigualla o desperdicio (y así *ad infinitum*). El lapso entre novedades se acorta al mínimo porque aumenta al máximo la velocidad con la que se producen, consumen y desechan²⁵. Lejos de perturbar al régimen donde nada nuevo de verdad sucede bajo el sol, las novedades postmodernas y la velocidad con la que se suceden lo hacen viable. Veamos. La invasión de lo nuevo vuelve tolerable el sistema establecido difundiendo la engañosa percepción de variación incesante que nos asalta. Engañosa, ciertamente, interesada, pues lo que realmente importa (el sistema en sí mismo) permanece inmóvil bajo la agitación de la superficie, ocupando un discreto segundo plano²⁶. No menos inofensiva y colaboracionista resulta el aumento de velocidad del tiempo de producción/consumo. Reverso material de la aceleración que marca el tiempo social de la postmodernidad, cimienta la eliminación integral de la espera y el largo plazo (expresiones futuristas) en beneficio de la instantaneidad y el tiempo real (expresiones presentistas). Si es cierto que «la velocidad es el poder mismo»²⁷, nunca el poder (ahora digitalizado, desplazado de aquí a allá a la velocidad de la luz) fue tan absoluto como ahora.

La discrepancia de la postmodernidad más reseñable respecto al régimen temporal augurado por las distopías crece aparentemente en otro paraje. Lejos de estigmatizar (treta segunda del gobierno distópico) o destruir (treta tercera) el pasado, el postmodernismo anhela homenajearlo y revivirlo, aunque con resultados

²⁴ F. Jameson (1998). “Posmodernismo y sociedad de consumo”, H. Foster (ed.), *La posmodernidad*, Barcelona: Kairós, pág 177.

²⁵ D. Harvey (2004). *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires: Amorrortu, págs 179, 314-317.

²⁶ Virno se muestra tajante al respecto: «aunque se asista a un cambio continuo, todo es igual, todo se repite». P. Virno (2003), *El recuerdo del presente*, Barcelona: Paidós, pág 41. Koselleck liga la plétora de novedades y la creciente aceleración definitorias de la contemporaneidad en torno a la idea, insistentemente preconizada, de que hoy suceden más cosas en un año que antiguamente en cien. Tal y como Koselleck lo entiende, nos encontramos ante una secularización de la temporalidad apocalíptica, según la cual la vuelta de Cristo estará anunciada por la aceleración y el consecutivo acortamiento del tiempo. R. Koselleck (2003), *Aceleración, prognosis y secularización*, Valencia: Pre-textos, págs 37- 71.

²⁷ P. Virilio (1997). *El ciber mundo, la política de lo peor*, Madrid: Cátedra, pág 17-18.

contraproducentes, cercanos a la treta tercera, según veremos enseguida. Sea como fuere, el desprecio o desinterés circundante hacia el porvenir es proporcional a la atracción compulsiva que despierta el pretérito, transformado, también él, en objeto masivo de consumo y marketing. La casuística del *pasadismo* en boga no tiene pérdida. Rendidos al *impasse* de un ahora sin mañana, transitamos, no tenemos otra opción, la vía de escape del ayer, ahogando la prospectiva a base de retrospectiva y la esperanza a base de nostalgia. A falta de futuro, cunde la fetichización del pasado (tan denostado por la modernidad y las sociedades utópicas/distópicas) en la única superficie disponible, el presente. Repárese, para contrastarlo, en las incuantificables onomásticas y efemérides celebradas por la mercadotecnia y las instituciones a la menor excusa (el nacimiento de Freud, el estreno de *La naranja mecánica*, el centenario o bicentenario de esta o aquella revolución, la llegada del hombre a la luna...). Obsérvese, con homónima intención, la alta estima concedida a la restauración de los centros urbanos, práctica hermana con el *boom* de la arqueología y con la inauguración insaciable de museos y monumentos. Por no hablar del éxito de la biografía y la novela histórica, del tirón de la *moda retro*, los anticuarios y el *vintage*, del regreso a los escenarios de incuantificables bandas de rock extintas en los setenta u ochenta, de la multiplicación de parques temáticos, de la reposición de viejos programas televisivos, del tirón de las políticas de la memoria y de la filosofía rememorante, amén de las toneladas de *remakes*, *revivals* y reediciones (*pastiches*, en argot jamesoniano) que ven la luz²⁸.

A juicio de Baudrillard, tras las bambalinas de esta fiebre memorialista palpita salvajemente la culpabilidad. ¿Por qué nos sentimos culpables? Por haber asesinado a la historia. De ahí que, para resarcirnos del crimen y aliviar el remordimiento, estipulemos conmemorarla sin cesar, o revivir una y otra vez, previa cauterización políticamente correcta de escándalos y heridas, episodios del pretérito que deberían haber sido superados, inclusive olvidados por mor del acaecer histórico mismo²⁹. Salta a la vista que el *pasadismo* y la fetichización del pasado no denotan, en realidad, el rebrote de la historia o de la conciencia histórica. Al contrario, denotan el ocaso de ambas. Y lo que es peor. Anuncian la muerte del pasado mismo, violentado hasta el extremo de estallar en una infinitud de residuos incoherentes e inconexos reciclados por el *marketing* y nuestras melancólicas ansiedades, actores que impiden que nada desaparezca en los anales del tiempo y pase a engordar el *corpus* de lo que ya fue. Visto lo visto, el *pasadismo* no pasa de ser otra estrategia de erradicación del pasado. Erradicación por saturación y adulteración, al servicio del presente ubicuo y plenipotenciario. Manuel Cruz así lo cree: «Que todo se re-presente una y otra vez, que en cierto sentido nada desaparezca por completo impide seguir pensando en el pasado de la misma manera que antaño. Este pasado

²⁸ Sobre la musealización, el memorialismo y demás taras pasadistas, véase; V. Verdu, *El estilo del mundo*. P. Virno; *El recuerdo del presente*. F. Duque (2008). *Habitar la tierra*, Madrid: Abada; F. Duque (2001), *Arte público y espacio político*, Madrid: Akal; M. Cruz (2005). *La malas pasadas del pasado*, Barcelona: Anagrama; M. Osten (2008), *La memoria robada*, Madrid: Siruela; A. Huyssen (2000). “En busca del tiempo futuro”, *Revista Puentes*, nº 2.

²⁹ J. Baudrillard (1997). *La ilusión del fin*, Barcelona: Anagrama, pág 40.

sin patina, sin aura, termina siendo no un pasado-pasado (esto es, abandonado, superado), sino una modalidad, apenas levemente anacrónica, del presente»³⁰.

Llegados a estas alturas de la discusión, podemos perfilar el *giro postmoderno de la temporalidad*; la exaltación del futuro idiosincrásica de la modernidad deja paso a la (falsa) exaltación del “pasado”, y la autoridad del tictac lineal/progresivo a la autoridad de la pura actualidad, signo de la amplificación infinita del presente y de la comprensión severa del tiempo favorecida, básicamente, por las nuevas pautas de consumo y la alta velocidad impresa por las tecnologías de la información. La totalidad postmoderna guarda en este terreno parecidos razonables con el “Gran Otro” de la distopía estatal. Acostumbra a higienizar (la treta primera antes enumerada) el pasado para legitimarse, aportando, de paso, el pasadismo, treta inaudita para destruirlo. Cultiva, paralelamente, la aniquilación del futuro, logro que le permite dismantelar cualquier asomo de contradicción dialéctica capaz de cortocircuitar el “interminable presente” y la eterna repetición de lo Mismo. Bauman sintetiza el imperativo subyacente a tales intervenciones: «Prohibir que el pasado sea relevante para el futuro..., aislar el presente por ambos extremos, desligar el presente de la historia. Abolir el tiempo en todas sus formas, salvo la de ensamblaje laxo, o secuencia arbitraria, de momentos presentes; aplanar el flujo del tiempo en un *continuo presentes*»³¹.

CONCLUSIONES

Lo cierto es que las circunstancias han desmentido a las distopías estatales en un ítem fundamental. Quien ejerce la dominación a día de hoy no es ningún Bienhechor, Gran Hermano o Gran Ford moviendo los hilos de la alienada masa uniforme/homogénea, sino una descentrada e intangible totalidad tecnológica, cultural, ideológica y económica que incentivando (quien lo iba a decir) la autosuficiencia, fragmentación e individualización va camino de reducir a los otrora temibles Estados a cenizas. Lo que queda de ellos clama al desorientado gentío mensajes inversos a los pronosticados por Orwell y sus compañeros de causa: «¡emancipaos de mí!», «¡diferenciaos los unos de los otros!». No obstante, la errata (evitada por las distopías del libre mercado) no invalida el diagnóstico distópico concerniente al par dominación/temporalidad. Mi tesis es que ha sido en las sociedades postmodernas donde ha terminado materializándose a *grosso modo* la temporalidad utópica (posthistórica) denunciada por dicho diagnóstico. El fenómeno resulta inquietante y sugerente al unísono, dado que mientras se predica por doquier la muerte de la utopía vivimos inmersos en una temporalidad bastante parecida a la de aquella. ¿Y si Zizek tuviera razón y al contrario de lo predicado hubiéramos estado viviendo en una utopía sin saberlo? El filósofo esloveno se refiere a la utopía postmoderna del capitalismo liberal-democrático, utopía *sui generis*, desde luego, extraña a los anhelos de emancipación o justicia universal, compatible con altas dosis de explotación y discriminación. Utopía, en suma, *made in Fukuyama*, cristali-

³⁰ M. Cruz (2002). *Hacia dónde va el pasado*, Barcelona: Paidós, pág 21.

³¹ Z. Bauman (2001). *La posmodernidad y sus descontentos*, Madrid: Akal, pág 114.

zada tras la caída del Muro de Berlín y llevada a buen puerto durante los felices noventa, conjunción de parabienes al mercado multinacional redimido de aranceles estatales, dejado a su propia lógica, con las llamadas a respetar la diferencia, internacionalizar la libertad y fomentar el pluralismo. Tal ideario –orbitado en torno a la certeza de que la historia ha terminado porque la humanidad ha dado al fin, tras múltiples desvaríos totalitarios, con la mejor receta sociopolítica posible; la combinación de capitalismo y democracia liberal– no suele catalogarse de utópico, pero quizás habría que hacerlo, y no sólo por la utópica temporalidad que inculca. Todas las personas decentes saben que quien anuncia el fin de las ideologías se encuentra por lo general a merced de la ideología. Algo similar ocurre en el ámbito utópico. El capitalista-liberal que proclama el fin de las utopías ondea por lo general, por acción o por omisión, una utopía secreta, a la que no le gusta definirse como tal. Pero es ese gesto (compartido con la ideología vigente) el que le delata³².

Mas la utopía del capitalismo liberal-democrático ha sufrido dos golpes decisivos. El 11-S dejó muy mal parada, según escribió Eduardo Grüner meses después de tan fatídica fecha, a la utopía política democrático-liberal (utopía de la democracia global y del multiculturalismo)³³. El colapso financiero de 2008 ha hecho lo propio con la utopía económica del capitalismo de mercado (utopía del capitalismo global). Está por ver si ambos acontecimientos pueden interpretarse sin vacilación en términos de final de la postmodernidad. A fin de cuentas, el muy postmoderno capitalismo global no parece que vaya a retirarse precisamente. Todo lo contrario, está aprovechando el pavor causado por su propia crisis para hacerse más fuerte y desmantelar los servicios públicos, imponer medidas de ajuste a las naciones y llenar los órganos de decisión gubernamentales de tecnócratas afines. Por decirlo más gráficamente todavía: El capitalismo global se está quitando de encima (con el pretexto de que sin recortes drásticos no habrá recuperación económica) al acompañante democrático-liberal que supuestamente lo humanizaba. Nos dirigimos a la fundación de una nueva utopía, la utopía *made in Ayn Rand* (y *made in China*) del capitalismo a cara descubierta, sin derechos laborales, sociales ni políticos de por medio. Frente a esta utopía (una ortodoxa distopía del libre mercado para muchos de nosotros) sólo cabe ingeniar (de manera secularizada/desacralizada, allende la escatología, el *telos* y el resto de premisas metafísicas/ontológicas de antaño) una utopía alternativa. Alternativa en todos los sentidos, la cual cosa significa, a la luz de lo examinado, lo siguiente; la utopía que quiera estar a la altura de nuestras necesidades deberá desafiar al presentismo/pasadismo y dar un vuelco a la tradición utopista que la precede con el objeto de *imaginar una civilización futura* más edificante que la actual en tanto que –amén de más igualitaria, ecológica, democrática, cosmopolita, etcétera– *abierta al flujo incierto, contingente, indeterminado y experimental de la historia que todo lo cambia*. Aquí radica la mayor afrenta a la dominación vigente, en la capacidad (hoy sabotada, petrificada) de imaginar un futuro social, política y económicamente mejor y diferente a lo dado. Y aquí radica el núcleo utópico más subversivo de la actualidad, en el deseo y la

³² S. Žižek (2011). *Primero como tragedia, después como farsa*, Madrid: Akal, págs 9, 31, 45, 90-92.

³³ E. Grüner (2002). *El fin de las pequeñas historias*, Buenos Aires: Paidós, págs 12-23.

esperanza de que el paso del tiempo se reactive algún día y aniquile el interminable presente que disuade la constitución de lo realmente nuevo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, P. (2002). *Los fines de la historia*. Barcelona: Anagrama.
- Baudrillard, J. (2007). Lo virtual y lo acontecedero. *Revista Archipiélago*, 79, 85-98.
- (2002). *La ilusión vital*. Madrid: Siglo XXI, 2002.
- (1997). *La ilusión del fin*. Barcelona: Anagrama.
- Bauman, Z. (2001). *La posmodernidad y sus descontentos*. Madrid: Akal.
- Booker, K. (1994). *Dystopian Literature: A Theory and Research Guide*. Connecticut: Greenwood Press.
- (1994). *The Dystopian Impulse in Modern Literature: Fiction as Social Criticism*. Connecticut: Greenwood Press.
- Bradbury, R. (1982). *Fahrenheit 451*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Bunch, D. (1982). *Moderan*. Barcelona: Edhasa.
- Cabet, É. (1985). *Viaje por Icaria*. Barcelona: Orbis.
- Cruz, M. (2002). *Hacia dónde va el pasado*. Barcelona: Paidós.
- (2005). *La malas pasadas del pasado. Identidad, responsabilidad, historia*. Barcelona: Anagrama.
- Domingo, A. (2008). *Descenso literario a los infiernos demográficos. Distopía y población*. Barcelona: Anagrama.
- Duque, F. (2008). *Habitar la tierra*. Madrid: Abada.
- (2001). *Arte público y espacio político*. Madrid: Akal.
- Eliade, M. (1997). *El mito del eterno retorno*. Barcelona: Altaya.
- Ellison, H. (1994). ¡Arrepiéntete, Arlequín!, dijo el señor TicTac. *Lo mejor de los premios Nébulas*. Barcelona: Ediciones B.
- Francescutti, P. (2003). *Historia del futuro*. Madrid: Alianza.
- Franke, H. (1978). *Ypsilon Minus*. Barcelona: Bruguera.
- Grüner, E. (2002). *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*. Buenos Aires: Paidós.
- Harvey, D. (2004). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hillegas, M. (1967). *The Future as Nightmare: H. G. Wells and the Anti-Utopians*. London: Oxford UP.
- Huyssen, A. (2000). En busca del tiempo futuro. *Revista Puentes*, 2. Disponible en: <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/Huyssen.pdf>, (última consulta: diciembre 2011).
- Huxley, A. (2001). *Un mundo feliz*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Innerarity, D. (2009). *El futuro y sus enemigos. Una defensa de la esperanza política*. Barcelona: Paidós.
- Jameson, F. (2010). *Reflexiones sobre la postmodernidad*. Madrid: Abada.
- (2009). *Arqueologías del futuro. El deseo llamado utopía y otras aproximaciones de ciencia ficción*. Madrid: Akal.

- (1998). Posmodernismo y sociedad de consumo, en H. Foster (ed.), *La posmodernidad*. Barcelona: Kairós.
- Keller, E. (1991). Distopía: Otro final de la utopía. *Reis*, 55, 55-91.
- Koselleck, R. (2003). *Aceleración, prognosis y secularización*. Valencia: Pre-Textos.
- Kumar, K. (2007). Pensar utópicamente: política y literatura. *Revista Internacional de Filosofía Política*, 29, 65-80.
- Ladeveze, L. (1985). De la utopía clásica a la distopía actual. *Revista de Estudios Políticos*, n° 44, 47-80.
- Löwith, K. (2007). *Historia del mundo y salvación. Los presupuestos teológicos de la filosofía de la historia*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Lundwall, S. (1977). *King Kong Blues*. Barcelona: Dronte.
- (1976), *Historia de la ciencia ficción*. Barcelona: Dronte.
- Orwell, G. (1984). *1984*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- Osten, M. (2008). *La memoria robada. Los sistemas digitales y la destrucción de la cultura del recuerdo*. Madrid: Siruela.
- Pohl, F./Kornbluth, C. (1994). *Mercaderes del espacio*. Barcelona: Minotauro.
- Souvestre, E. (1876). *Lo que será el mundo en el año 3000*. Madrid: Folletín de el Cronista.
- Sternberg, J. (1977). *Futuros sin futuro*. Barcelona: Dronte.
- Tabori, P. (1978). *Los demonios de Sandorra*. Barcelona: Dronte.
- Verdú, V. (2006). *El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción*. Barcelona: Anagrama.
- Virilio, P. (1997). *El ciber mundo, la política de lo peor*. Madrid: Cátedra.
- Virno, P. (2003). *El recuerdo del presente. Ensayo sobre el tiempo histórico*. Barcelona: Paidós.
- Zamiatin, Y. (1993). *Nosotros*. Madrid: Alianza.
- Zizek, S. (2011). *Primero como tragedia, después como farsa*. Madrid: Akal.